

# Mi amiga Perla

Beatriz Barba A.\*

*Las brujas dicen que para tener poderes se les debe abrir la frente; a los poetas el corazón; a los científicos el cerebro y a los amigos el alma.*

## La Escuela Nacional de Maestros

Por acá, en el Altiplano de México, las tardes de enero son frías, pero entrábamos acaloradas y felices porque empezaban las clases del último año de la carrera y por diversas razones escogimos el turno vespertino que se acababa de formar. Unas para levantarse tarde; otras para trabajar, y había un pequeño grupo que escogió ese horario para asistir a la cátedra del maestro Ángel Salas, músico y compositor sobresaliente que impartía historia del arte.

Entre las admiradoras del maestro se contaba Perla Valle, y entre las que necesitaban trabajar estábamos la mayoría. Ella formaba parte de un grupito de cuatro muchachas muy especiales, que todas respetaban, pero no intimaban porque tenían inclinaciones muy raras: les gustaba la buena música; eran gente de izquierda; leían mucho; cuando no estaban de acuerdo con lo que decían los maestros, lo hacían notar; no eran coquetas ni chismosas; no adoraban los deportes; no buscaban las maneras de no ir a clase; eran agnósticas y se me escapaban otras mil características que las diferenciaban del resto. Sin embargo, entre ellas había también diferentes gustos y aficiones, y voy a citarlas rápidamente porque eso nos ayudará a conocer a Perla.

### *Tere García*

Morena, delgada, de pelo ondulado y largo, dispensaba sonrisas con facilidad. Pertenecía a una familia solidaria y pequeña. Se apoderó del cuarto de servicio para hacer su estudio y guardaba y clasificaba los suplementos culturales de periódicos y revistas que le parecían interesantes. En ese pequeño local pasamos agradables tardeadas comiendo antojitos y bebiendo aguas frescas. Escuchábamos viejas canciones mexicanas, como "Adiós, mi chaparrita", "La casita", "Señor carretero" o "La chancla que yo tiro". Su padre era un hombre mayor, jubilado, y la consentía mucho. Al terminar el año, Tere no se sumó a los que solicitábamos trabajo en la Secretaría de Educación, sino que se inscribió en el Politécnico y estudió biología, disciplina en la que destacó como investigadora y maestra. La última vez que la vimos, a Tere le daban una medalla de oro por su trabajo.

### *Nadia Romero Campa*

De pelo dorado oscuro y hermoso perfil, tenía ojos ámbar y una gran facilidad para sonrojarse, lo que sucedía con cualquier piropo, reconocimiento y hasta agradecimiento que se le hiciera.

\* Dirección de Etnología y Antropología Social, INAH (bbarba.deas@inah.gob.mx).

Extremadamente tímida y dulce, pero de firmes convicciones políticas y antirreligiosas, era sobrina del líder ferrocarrilero Valentín Campa, encarcelado muchos años por tener una trayectoria limpia que molestaba a los políticos. Tampoco Nadia fue a la SEP, como casi todos, a pedir trabajo, sino al norte, a estudiar agronomía, y logró ser la segunda mujer mexicana ingeniera agrónoma –la primera fue su prima–. La volvimos a ver por mera casualidad. Conservó siempre su cara bonita y el cuerpo bien formado, pero perdió la blancura de la piel, que con el sol tornó en rojiza; su gesto tímido se convirtió en una insegura sonrisa y sus movimientos, suaves y un poco lentos, se hicieron fuertes, seguros, casi viriles. También de ella supimos que se le habían dado premios y reconocimientos nacionales por sus estudios en la aplicación de abonos y regadío.

#### *Mari Tere Hernández*

También morena, pero de largas trenzas y ojos muy oscuros, se enamoró de un compañero de la Normal de Varones, se embarazó y se fue a vivir con él. Las autoridades de la escuela de señoritas lo supieron y le negaron la posibilidad de que continuara sus estudios porque “era un mal ejemplo”. Ahí es donde uno se frena. ¿Cómo que mal ejemplo tener un hijo? Y eso lo alegaba una institución que presumía de ideas avanzadas y su directora era hija de uno de los maestros más revolucionarios. Peleamos por ella, pero todo fue inútil: Mari Tere perdió el año y nosotras, el poco afecto que nos tenían las virginales damas de la dirección.

#### *Perla Valle Pérez*

Era alta, morena clara, de pelo y ojos negros; entonces no era muy delgada y sí de curvas acentuadas. Ya casada adelgazó y su figura, siempre elegante, la conservó toda la vida.

Era hija de Erasto Valle, destacado maestro que entonces tenía un elevado puesto en la SEP; revolucionario de pura cepa, había educado a sus hijos con modernas teorías y les daba libertad absoluta para que aprendieran a manejar su responsabilidad, y le había dado muy buen resultado. Perla fue la primera amiga que tuve que nunca pedía permiso para nada, pero sus padres sabían dónde andaba y al parecer no se preocupaban. Tenía tres hermanos: Margarita, la mayor, trabajaba porque se divorció y mantenía a su hija, a su abuela y a su tía. Los otros eran dos gemelos, excelentes músicos; consentían a Perla como si fuera una niña, la llevaban donde quería y las reuniones en su casa eran formidables porque iba la crema y nata del estudiantado de música: en un santiamén formaban tríos, cuartetos, improvisaban y también cantaban.

Por temporadas, ir los domingos a los conciertos de Bellas Artes era una obligación, y aprendí a meterme a los camerinos después del concierto para conocer a los más importantes músicos mexicanos, pero también extranjeros. Los gemelos se llamaban Homero y Virgilio Valle; tocaron diferentes instrumentos y, después de un tiempo, Virgilio se fue a Berlín y Homero a Jalapa. Igual que con todos, era un milagro volverlos a ver.

Perla tenía fama de claridosa, simpática; dijera lo que fuera nadie se enojaba con ella y, por el contrario, la tomaban en serio. Un día, en mi casa, le pedí que escuchara lo que yo tocaba en el piano; mi repertorio era corto, pero era bueno. Me dio la impresión de que no le gustaba la idea pero dijo que sí, que tocara yo y luego aguantara las críticas. Toqué el *Claro de luna* y atacué las teclas como si fueran mis enemigas. Al final le pregunté su opinión y me contestó:

—Mira, cierra ese piano y no lo vuelvas a abrir, tocaste el *Claro de luna* como si fuera una *czarda* húngara.

Yo no me enojé ni le dije que era muy exigente, sino que lo pensé y vi que tenía razón. Yo nunca sería música y el piano podía procurarme algunas vergüenzas. Su casa estaba en la colonia Virreyes, en las calles de Juan O'Donohú, y como era colonia de ricos y ellos no tenían coche, dependían de los camiones, que eran unos cuantos, por lo que siempre llegaban tarde a todas partes, pero estoy segura de que no les importaba nada, porque cuando uno reclamaba, Perla decía:

—El camión se viene por jardines tan bonitos, que incluso lo pienso mucho antes de bajarme, así que date por agradecida de que llegué.

Era persona de puntada; las decía sin preocuparse por la gente a las que se dirigía, y eso daba más risa, como cuando le dijo al agregado cultural de una importante nación, al verlo llegar cojeando:

—Ay, qué pena, eso duele mucho. En mi tierra no le llaman accidente, sino “que una vez más había metido la pata”.

No toleraba a la gente tonta, a los hombres celosos o muy machos, a las mujeres sufridas. Como era gente muy bien educada, nunca peleaba; si le disgustaba lo que se estaba tratando, simplemente desaparecía. Lo mejor de ella era una madurez precoz, que le permitía hacer amistad con gente de diferentes edades y no necesariamente con chicas de su edad. Le gustaba mucho hacer bromas, pero no que se las hicieran, y de ninguna manera permitía que le faltaran al respeto. Nunca le conocí enemigos, y en la Normal por lo general era la representante del grupo, la responsable de las prácticas, la que recogía el dinero para las excursiones o la que debía entregar los informes de los trabajos en laboratorios.

El día del maestro de ese 1949 sólo se le ocurrió felicitar a Ángel Salas, porque, según ella, los demás cumplían pero no eran geniales y él sí. Quedó encargada de poner un telegrama y unos días después llegó el maestro con cara de circunstancia y nos dio las gracias por el telegrama que le habíamos mandado y que le gustaba mucho; pedimos que lo leyera y con parsimonia, apretando la boca, sacó de su bolsa del saco el papel amarillo que entonces se usaba y leyó: “Con gran contento, los diablos, los ratones y las grandes cucarachas, tomaron sus violines, tubas y tambores y le llevaron mañanitas a Ángel Salas, único maestro a la altura del arte. Con todo el afecto de las alumnas del 6°F de la Escuela Nacional de Maestros”.

Para completar su personalidad, debo decir que era una persona que odiaba las repeticiones y las copias; por ejemplo, cuando se organizó el concurso “Ornamentemos nuestro salón de clase”, fuimos las únicas que utilizamos motivos prehispánicos y por ello ganamos el primer lugar; todos los demás grupos pusieron florecitas y angelitos regordetes. Por tratar de estudiar algo diferente y serio, organizó “cursos de educación de adultos y de anormales” en el Parque Lira, con maestros muy especializados, que por fortuna lo tomaron en cuenta a la hora de repartir plazas en la SEP. Era alérgica a lo cursi, lo vulgar y lo mal hecho, y sin embargo, por pura responsabilidad, al final del año anduvo preguntando precios para los anillos de graduación y todas esas necedades que la mayor parte de las jóvenes esperan con singular alegría: el baile, la cena, la misa, la ceremonia de entrega de certificados y comprobantes, entre otras. Todo lo hizo bien: no bailamos vals, sino que danzamos con el *Bolero* de Ravel. El anillo fue muy pequeño, la cena, casi frugal, y para la ceremonia final consiguió que el propio presidente de la República nos entregara la papelería.

A partir de ese momento todas corrieron a investigar dónde y cómo seguir estudiando. Sólo Perla y yo estábamos seguras de que nuestro futuro era la pedagogía o humanidades. Con ayuda de las consejeras de su papá, descubrió una escuela maravillosa que se aprestó a visitar para calificarla. Era la Escuela Nacional de Antropología e Historia, cuyos salones de clase estaban en las mismas salas de exhibición y bodegas que guardaban tesoros arqueológicos, históricos, etnográficos y osamentas indígenas de toda la República; la planta de maestros se componía sólo de sabios reconocidos mundialmente; los estudiantes en verdad estudiaban; a veces eran gente muy grande y todo aquel que entraba a esa escuela tenía que dividir su tiempo entre la biblioteca y las cátedras. Maestros y alumnos, guardianes y secretarías, eran

respetuosos y gentiles, además de que todo estaba elegante y limpio, los pisos brillaban, al igual que los muebles, y lo mejor era que nos inscribirían con los papeles que llevábamos; no exigían el título y daban tres años para entregarlo.

Fuimos a inscribirnos, excitadas, pensando que cambiábamos en serio sin cambiar; era como la novela *El gatopardo*. Continuamos en la SEP. Nada nos costaba, pero ya no habría huelgas de cinco meses ni prefectas, ni directoras regañonas ni nada molesto. A modo de peleas de box o de corrida de toros, en la esquina de Seminario estaba un gran anuncio en papel corriente y con figuras indígenas que anticipaba las clases del museo, enumerándolas y mencionando los nombres de los maestros. Estábamos en un callejón sin salida y de repente se nos abrió una gran puerta, bellísima, ferrada y claveteada con llamadores de cabezas de león; desde ahí, al fondo del museo, lucía el calendario azteca, y la emoción nos hizo sudar las manos y contemplar el siglo XVIII en pleno arquitectónico, con el busto de Carlos V, donde una vez estuvo el águila coronada de la nobleza española y después la nobleza austriaca.

En el umbral, del lado derecho, estaba la tienda que después fue auditorio y al parecer ahora volverá a cambiar de función. Se vendían réplicas de yeso de las mejores piezas arqueológicas, tarjetas postales con motivos de la historia de México, cositas populares de plata y muchos libros que producía el INAH. La escuela estaba en el segundo piso y, subiendo una escalera, el salón de lectura de la biblioteca, que abrimos para sorprendernos: no quedaba un solo sitio vacío, especialistas y estudiantes tenían metidas las narices en los libros y sólo se oía la voz de Óscar Zambrano que gritaba con comedimiento el nombre del libro que acababa de llegar por el montacargas, aunque el lector se quedara de pie, esperando a que alguien se fuera. En la escuela el director era don Pablo Martínez del Río, doctorado en Oxford, que vestía pantalón rayado negro con gris, polainas, zapatos acharolados, saco negro, bombín, bastón y guantes. Llegó cuando nosotras abríamos los ojos y no sabíamos qué hacer. Con un gesto alegre se acercó y nos dijo:

—Allá está *la Güera* inscribiendo, vayan con ella.

Y eso hicimos. La tal *Güera* era una mujer entrada en años que se pasaba el tiempo contándole a los nuevos alumnos que pudo haberse casado con Erick Thompson, pero que por tonta y por no saber inglés lo rechazó. Nos inscribimos en la carrera de arqueología y a Perla le tocó ser la alumna número mil después de que llevaba funcionando 12 años; nos llamó la atención porque a la Normal acudían cada año, a preinscripción, cerca de mil alumnos.

Cuando repartieron plazas, Perla se fue por puro gusto hasta Xochimilco, donde tuvo interesantes experiencias. La última amiga que hizo en el magisterio fue Graciela, y por fuerza debo hablar de ella.

#### *Graciela Wright Quezada*

Era el tipo de gente que produce una sonrisa cuando se le recuerda; siempre metida en una gracejada, se caracterizó en la Normal por su inteligencia, su gran facilidad para aprender. Se casó, tuvo tres hijos y se divorció; pero el divorcio se lo dieron antes de que naciera su tercer niño, lo que nos llamó la atención, y como tontas le dijimos:

—Graciela, pero debiste esperar a que naciera el bebé para que lo pudieras registrar como hijo legítimo; de otro modo va a quedar como hijo natural.<sup>1</sup>

Y nos contestó, muerta de risa:

—Qué tonterías les preocupan. Claro que es un hijo natural: no tiene nada de artificial.

Entonces entendí que se llevara tan bien con Perla: las dos tenían las mismas salidas. Estudió economía y consiguió becas para Francia y China; se le consideró una excelente catedrática en la UNAM y muchos de sus alumnos tuvieron puestos de jefatura en el gobierno, pero no hicieron nada por ella ni ella lo solicitó. Murió relativamente joven, dejando pendientes varios proyectos de estímulo a la economía campesina.

#### **La Escuela Nacional de Antropología e Historia**

Perla hizo su tesis de maestría con el tema del dibujo infantil; por eso los estudios de la ENAH, el trabajo en la primaria, lo lejos que vivía y tomar cursos intensivos de idiomas para leer la bibliografía que los profesores recomendaban le hicieron la vida difícil. Ya no veía los hermosos jardines por donde pasaba su camión, sino que estaba leyendo para llegar con conocimientos mínimos para cada clase. Desde que entramos nos mandaron al campo los sábados y los domingos a hacer prácticas, como dibujar cortes estratigráficos, manejar el topógrafo, recoger materiales superficiales y elaborar un informe de todo cada semana. Nos tocó Culhuacán, donde el catedrático era el doctor Ignacio Bernal, pero como era demasiado pedirle que fuera al campo en días de descanso mandaron a Román Piña Chan, un alumno muy avezado, inteligente y trabajador que nos enseñó todas las cosas que se deben aprender cuando uno llega.

Un vecino mío, Silvestre Revueltas Estrada, hijo del pintor Fermín Revueltas y sobrino del músico Silvestre Revueltas, estaba también inscrito en la escuela porque le gustaban los

códices; hubo un año en que sólo llevó esa materia que, por cierto, ya había pagado, porque la daba otro especialista. Me vio con Perla y se acercó para que se la presentara, porque desde la primera vez le gustó. Le pareció gracioso tomar la clase de arqueología porque él manejaba muy bien el topógrafo y todos los instrumentos que nos enseñaron. Así que ya fuimos tres los que tomábamos la clase de Román Piña Chan.

#### *Román Piña Chan*

Nació en Campeche y era el único en la escuela que decía lo que no le gustaba y regañaba a los alumnos que no cumplían. Moreno, de pelo muy delgado, había escogido la carrera para la que había nacido y ya cosechaba éxitos antes de recibirse. Tenía un perfil maya y en la Escuela de Antropología sabían apreciar ese físico. Nos fijamos que ni Silvestre ni Piña Chan llevaban comida y la práctica duraba todo el día, así que no regresaban a comer hasta la noche; por lo tanto, Perla y yo, por acomodadas, los invitamos a comer de nuestras canastitas, tortas de jamón y pay de postre. Varios sábados después éramos inseparables los cuatro y me atreví a decirle a Perla:

—Se me hace que vamos a acabar casándonos, tú con Silvestre y yo con Piña Chan.

Perla se molestó y dijo:

—Ay, eres tan necia que te vas a salir con la tuya —y así fue, y me veo obligada a hablar de la pareja de toda su vida.

#### *Silvestre Revueltas Estrada*

Hijo de un pintor muy renombrado y de doña Ignacia Estrada, maestra normalista muy amiga de mi madre, quedó huérfano en la adolescencia y su mamá, *doña Nacha*, lo lloró tanto que en vez de decirle su nombre todo el mundo le decía *la Viuda*. Mujer muy absorbente, no dejaba que Silvestre se acercara a nadie y mucho menos a una joven guapetona como Perla. Sin embargo, tuvo que aceptar ese noviazgo porque el maestro Erasto Valle era su jefe y ella no podía interponerse entre su hijo y la hija de un maestro tan notable. Era recta, exigente, honesta, de ideas revolucionarias; fue de las que formaron las escuelas de Trabajo Social y en especial se preocupaba por ayudar a los jóvenes a definir sus vocaciones y conseguirles beca en la SEP.

*Doña Nacha* tenía un carácter muy parecido al de doña Eulalia Guzmán: lo que quería lo conseguía. Vigilaba los gastos de Perla y los muebles que compraba, hasta que ella se cansó y le exigió a Silvestre poner casa lejos de su suegra.

<sup>1</sup> En esos tiempos aún había esa discriminación al levantar un acta de nacimiento: era hijo natural si los padres no estaban casados por el civil y legítimo si lo estaban ante el Estado, aunque no lo estuvieran por la Iglesia.



La solución fue que Silvestre aceptara un trabajo en el estado de Jalisco, muy bien pagado. Se fueron y allá nacieron sus cinco hijos: Fermín, José, Coral, Gabriela y Emilio. Más o menos 10 años después regresaron a México para que tuvieran oportunidad de estudiar con más opciones que las que se ofrecían en Guadalajara. Por un tiempo trabajó con nuestro equipo en la sala de Introducción a la Antropología, la primera del Museo Nacional que se construyó en Chapultepec. Perla había cambiado mucho. Seguía siendo una gente de buen humor, pero ya no reía con tanta facilidad. Una vez inaugurado ese museo regresó a Jalisco, quizás a finiquitar los intereses que allí tenía, y regresó cuando estábamos haciendo el Museo de las Culturas, donde nos ayudó con los pueblos circumpolares y la difusión del mismo, que le quitaba mucho tiempo porque tenía que planear cátedras, cine dominical, conferencias, visitas guiadas, publicaciones interesantes y baratas, talleres sabatinos de artesanías no mexicanas, concursos y programas de televisión en el Canal 11.

Aunque es cierto que todos los antropólogos del museo le entraban a la difusión, ella era la responsable y con frecuencia llegaba muy temprano y salía muy noche, lo cual no era correcto porque sus niños estaban creciendo. Estuvo con nosotros unos cuatro años y cambió de adscripción para estar cerca de su casa y llevar una vida más tranquila. Se fue a la Dirección de Publicaciones, a Córdoba 45, a trabajar con Antonio Pérez Elías. Luego ya no la oímos comentar cosas como:

—Ayer Silvestre comió *gansitos* porque no había otra cosa en el refrigerador.

Creo que la vida se le hizo más fácil y siguió estudiando, pero cambió de carrera; se decidió por etnohistoria para atender su casa y su trabajo.

### El resto de la vida

Perla encontró en etnohistoria lo que ella siempre había querido. Dejó la Dirección de Publicaciones y se fue al Museo Nacional de Antropología con la maestra Barbro Dahlgren a investigar fuentes para la historia. A partir de entonces casi no supe nada de ella. La vi pocas veces y teníamos que planificar con tiempo nuestras entrevistas. No tengo ninguna queja porque siguió ayudándome, apoyándose en todo lo que podía: dio varias conferencias para el Seminario Permanente de Iconografía y trabajó para la Academia Mexicana de Ciencias Antropológicas, A. C., en la organización de un curso de códigos, lo que nos permitió resolver la economía de ese año.

Decía que el profesor Thouvenot le exigía tanto que no le quedaba tiempo para nada, y debe de haber sido cierto porque, conociéndola, sabemos que cuidaba en extremo cada uno de sus trabajos. La tesis que presentó en la Escuela de Antropología fue tan buena que mereció toda clase de felicitaciones, y en el caso del doctorado no quería ser menos.

Silvestre, su gran amor, el compañero de su vida, enfermó de gravedad porque se complicaron diversos problemas de salud y tuvo que escoger entre una operación que tal vez le daría algunos años más de vida o simplemente esperar la muerte. Se decidió por la operación, pero no la soportó y murió. Desde entonces se fue mimando la salud de Perla: no comía, no quería ver a nadie y su organismo se fue debilitando.

Yo había hecho el trato con su hijo Emilio de que hablaría con frecuencia para que me contara sobre la salud de su madre. Una noche entera pasé soñándola y al levantarme les hablé por teléfono. Me contestó Pepe y le pedí que me dijera cómo estaba evolucionando la salud de su madre. Con voz insegura me dijo:

—Es raro que hables precisamente ahora, porque mi mamá ha muerto.

La vi en la funeraria, toda blanca: su piel, su atuendo. Sólo le faltaba volar para ser un ángel. La lloré, la lloro y la lloraré. Aunque la veía muy poco, sabía que ahí estaba y que los inconvenientes de la vejez nos impedían un mayor acercamiento. Ahora pienso en ella y mi primera intención es hablarle por teléfono y vuelve la pena de recordar que ya no está.

Perla: te quise, te quiero y te querré para el tiempo que me quede de conciencia.